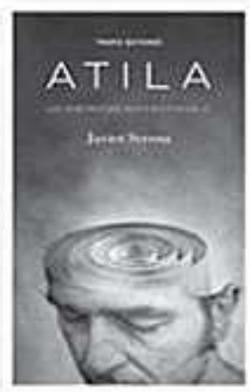


El genio hipnotizado

Atila, de Javier Serena (Pamplona, 1982),
Topo Ediciones



IDA FERRERO

El protagonista de esta novela, Aliocha Coll, seguro que no resulta conocido, ni siquiera para el público más leído y sibarita. Porque los genios, a veces, salen de la botella para recorrer el mundo y una vuelta corta les vale y quieren volver cuanto antes a la matriz segura de su desconcierto.

Yo conozco dos clases principales de verdaderos escritores: los que se toman su don como un trabajo que llevar a cabo (léase

Cheever, bajando al sótano de su casa cada día de nueve a cinco, con americana y corbata, para producir su alcuota de palabras; véase a Marias buscando cinta para su máquina de escribir eléctrica) y los que soportan el peso del mundo interior que les devora y les transforma en rapsodas del caos (me imagino a Bolaño, me imagino a Nerval, me imagino a Vallejo, me imagino a Panero, me imagino a Walser). En el caso de este subgénero de prosistas o poetas, que tanto da, a veces la enormidad de sus visiones les impide siquiera superar el duro trago de prender la luz, desempedrar la nevera o encontrar papel donde entregar sus obras, tan altas, tan primigenias, que hay que ser, como dice el narrador en un alarde de empatía, "otro escritor hipnotizado para comprender lo que escriben". Así, víctimas de su ansia de perfección, viendo sus palabras dibujadas en el fango del camino o en los ojos de una muchacha, estos entes vagan alrededor de las tiendas de ultramarinos sin recordar que tienen que comer, pero persiguen como lobos el olor de un libro de caballerías, desayunan odas griegas, desesperan buscando la perfección de un soneto de Cernuda o se duermen arrullados por el recuerdo de Marlowe. Y embriagados por los aromas de libros que aman locamente, hasta el tuétano, reniegan de los que salen de sus manos, teniéndolos por imperfectos, inicuos, aire. Y en el aire se quedan, y mueren en cajas de cartón olvidadas, o llegan al cielo pasto de llamas crueles que no distinguen, que no perdonan. Porque los genios fagocitan sus creaciones una y otra vez, y a veces no sobreviven cuadernos ni rimeros de folios ni grabaciones a su ansia de ser otros, más lejanos, más amados, mejores. Nunca son suficientes, nunca las justas, no son dignas, no las lees.

Javier Serena (Pamplona, 1982) ha conseguido en *Atila*, un escritor indescifrable (Topo Editores, 2014), hacernos llegar la figura de este letra herido maldito utilizando un estilo tan depurado, tan escondido de sí mismo, que no deja ni la sombra del autor al paso de las hojas: está agazapado entre una compasión tan honda y una comprensión tan certera del dolor que causa el rayo que no cesa, que deja fluir la imagen del hombre al que nos muestra sin permitirse un átomo de personalismo.

Tómense un minuto para pensar en los condenados a ser escritores. Eso es lo que ha hecho este autor de rostro oscuro y ojos como lagos: contemplar y acercarnos a un ser tocado por la soledad más absoluta, nacido en un mundo que no es el que ven sus manos ni sus caderas, encadenado a los trabajos del hombre y a sus miserias, pero cargado de visiones de otros pasados, de otros ahoras: abocado, en resumen, a la autodestrucción del iluminado. Javier Serena nos ha hecho un regalo digno de reyes.

